

tiempo, pues nunca faltarán necesitados, según lo dijo el Señor: «Siempre tendréis pobres con vosotros.»

Los sacerdotes en ningún tiempo hagan suyo el dinero de los pobres con pretexto de piedad y de celebrar misas: bastante tienen con qué pasar, no necesitan de más.

Si alguna vez no fueren suficientes las limosnas, acúdase á los ricos y ruégueseles que ayuden á los pobres, recomendados por Dios tan encarecidamente, y que á lo menos presten lo necesario, volviéndoselo después fielmente, cuando sea más abundante la limosna, si lo quieren.

A más de esto, el cuerpo de la ciudad cercene de los gastos públicos, como son solemnes convites, regalos, aparatos, dádivas, fiestas anuales y pompas, todo lo cual no sirve sino para el deleite, soberbia ó ambición; yo no dudo que el mismo Príncipe, al llegar á cualquiera ciudad, llevaría á bien, ó por mejor decir, se alegraría de que le recibiesen con menos aparato, como supiera que se consumía en estos usos piadosos el dinero que era costumbre gastar á su llegada; y si no lo diese por bien empleado, verdaderamente sería necia y puerilmente ambicioso; y si la ciudad, teniendo caudales, no se allana á esto, á lo menos dé á empréstito, y recíbale después cuando se aumenten las limosnas.

Sea del todo libre la limosna, como dice san Pablo: «Cada uno dé como propuso y destinó en su corazón, no por tristeza y violencia»; porque á nadie se ha de forzar á hacer bien; de otra suerte perece este nombre de caridad ó beneficencia. Aunque todas estas cosas tengo por sin duda que abundarán, pero en un negocio de tanta piedad no nos hemos de medir por lo limitado de las fuerzas humanas, hemos de confiar solamente en las divinas; la benignidad de Dios asistirá siempre á tan santos conatos, y multiplicará á los ricos la hacienda de que hacen limosnas, y á los pobres las limosnas mismas, pedidas vergonzosamente, piadosamente recibidas, y distribuidas sobria y prudentemente; porque por todos mira el Señor, de quien es la tierra y todas las cosas de que está llena; su Majestad lo cria todo con abundancia para nuestros usos, y sólo nos pide una pronta y verdadera voluntad y un afecto agradecido á vista de tan inmensos beneficios.

Muchísimos ejemplos tienen los hombres de que algunos empezaron una santa obra con recelo y áun sin esperanza de que bastasen las fuerzas y fondos que se habían destinado á aquel fin; pero siguiendo la obra, se aumentó el caudal de tal modo, que los mismos que habían gobernado el negocio no podían menos de admirarse por cuán secretos é imprevistos conductos habían entrado unos aumentos tan grandes. Traed á la memoria una sola experiencia, que vale por innumerables, tomada de la escuela de vuestros niños pobres: la empezasteis diez años há, con tan tenues principios, que sólo diez y ocho niños podían mantenerse en ella, y áun recelábais que os había de faltar con qué sostener este instituto; en el día se mantienen ya cien niños, poco más ó menos, con tan abundantes caudales, que sobran para poder sustentar otros muchos más, y cuando sobrevienen algunos niños extraordinarios, no falta qué darles de comer; ya se ve: por la largueza de Dios se

sustentan, se mantienen, viven, subsisten todas las cosas, no por las riquezas, propia industria ó consejos humanos; por tanto, ten por cierto que para emprender obras de verdadera piedad, es maldad considerar y pararte en lo que puedes tú, sino en lo que confías en el que todo lo puede.

Los pobres mismos que no trabajan, aprendan á no tener muchas cosas prevenidas para largo tiempo, porque de ahí se les aumenta la falsa seguridad en ellas, y se disminuye la confianza en Dios; no fien en los socorros humanos, sino en Cristo solo, que nos exhortó á dejar nuestra manutención á su cuidado y al de su Padre celestial, que sustenta y viste á las cosas, que ni siembran, ni cogen, ni tejen, ni hilan; hagan los pobres una vida como de ángeles, atentos y aplicados á rogar á Dios por sí y por la salvación de los que les socorren, para que nuestro Señor Jesucristo se digne premiarles con el ciento por uno en bienes eternos.

De los que están afligidos de alguna necesidad repentina ú oculta.

No hemos de socorrer solamente á los pobres que carecen de lo que se necesita cada día, sino también á los que se hallan de repente con alguna gran fatalidad, como cautiverio en la guerra, prisión por deudas, incendio, naufragio, avenidas, muchos géneros de enfermedades, y en fin, innumerables acontecimientos que afligen á las casas y familias honradas; no son menos de atender las doncellas pobres, á quienes obliga muchas veces la miseria á abusar de su pudor y honestidad; porque no debe sufrirse que en una ciudad, no digo de cristianos, sino ni áun de gentiles, con tal que se viva en ella según la humanidad, que rebosando algunos en riquezas, de modo que gastan millares en un sepulcro ó torre, ó en un vano edificio, ó en convites y otras exterioridades, peligro, por falta de cincuenta ó cien monedas, la castidad de una virgen, la salud y vida de un hombre honrado, y que un pobre marido se vea forzado tristemente á desamparar á su mujer y á sus pequeños hijos; también se han de redimir los cautivos, beneficio que contaron entre los más señalados los filósofos antiguos Aristóteles, Ciceron y otros; pero entre los que están en cautiverio, primero han de ser atendidos los que padecen una dura esclavitud entre los enemigos, como los pobres cristianos que están en poder de los agarenos, con un continuo riesgo respecto de la fe; después los negociantes y los que, sin armas para defenderse, cayeron en manos de los enemigos; porque á los armados que irritaron, y que son causa de que otros padezcan tantos males, se les ha de socorrer los últimos; de los presos en las cárceles, son primero los que, más por infortunio que por culpa, vinieron á pobreza y no pueden pagar, y después los que hace mucho tiempo que están en la prisión.

Del que fué feliz algún tiempo, y cayó en pobreza sin culpa ó torpeza alguna suya, debe haber mucha y muy especial compasión; lo uno, porque nos avisa de lo que nos puede ser común, y sirve como de ejemplar nuestro y de otros, pues mañana nos puede suceder lo mismo; y lo otro, porque padece más trabajosa y cruel

miseria el que áun retiene algún sentido, concepto ó memoria reciente de la felicidad.

No hemos de esperar á que los que han sido honestamente educados expongan sus necesidades; se han de rastrear con diligencia, y se les ha de socorrer ocultamente, como se refiere que lo practicaron muchísimos, y especialmente aquel Arcesilao, que estando durmiendo un amigo suyo, pobre y enfermo, que disimulaba ambas cosas por vergüenza, le puso bajo la almohada una gran suma de oro, para que en despertando hallára con qué socorrerse sin sonrojo de su vergonzante pobreza; conviene, pues, saber que debe procurarse que cuando los que se socorren se han criado con un prudente honor, no se les llene de vergüenza sacándoles los colores, porque suele serles esto más penoso, que útil ó agradable el beneficio.

Aquellas personas á quienes se ha encargado el cuidado de las parroquias vienen los que investiguen estas ocultas y vergonzosas necesidades, y las hagan saber al Gobierno y á los hombres ricos, callando los nombres de los que las padecen hasta que se les llegue á socorrer, porque entónces será mejor el hacerlo descubiertamente, ya para que sepan á quienes han de estar agradecidos, ya también para que nadie tenga sospecha de que las manos por cuyo medio se hizo la limosna, extraviaron algo de ella; esto se entiende á no ser tanta la dignidad del necesitado, que se deba no exponerle á tan grande riesgo de vergüenza.

Segun eso, dirá alguno, habiendo de socorrer también á éstos, jamás tendrá fin el dar. Has dicho una cosa atroz; ¿qué cosa se puede pensar más feliz y bienaventurada que el que no tenga límites el hacer bien? Yo juzgaba que te quejarías de que en algún tiempo faltarian pobres con quienes pudieses ser misericordioso; debes, á la verdad, desear, por el bien del prójimo, que no haya quien necesite de la asistencia ajena; pero por tu bien debes apetecer que nunca te falte materia para una tan grande ganancia, como cambiar lo perecedero y expuesto á varias casualidades, por los bienes eternos.

Esto es lo que me parece que se debe practicar, según el presente estado de las cosas; acaso no convenirá que se observe en toda ciudad y tiempo todo lo que dejamos dicho; considérenlo los prudentes de cada pueblo, y miren con cuidado por su república, movidos de un amor piadoso y cuerdo de la patria; creo, sí, que convendrá siempre y en todo lugar que se establezca el mismo fin, proyecto y blanco que he propuesto; y si no conviniere que se ejecute todo á un mismo tiempo, porque la costumbre recibida se opondrá quizá á la novedad, se podrá usar de arte, introduciendo al principio lo más fácil, y después, poco á poco é insensiblemente, lo que pareciere más dificultoso.

De los que reprobarán estas nuevas constituciones y establecimientos.

Aunque es verdad que la virtud es por sí misma muy hermosa y digna de apetecerse, tiene, con todo eso, no pocos enemigos, que se disgustan mucho de su belleza y bondad, porque es áspera y contraria á sus costumbres y delicias; al modo que el mundo declaró

guerra, y la declarará siempre, á la ley de Cristo, cuyo resplandor no pueden sufrir las tinieblas y ojos viciados de los mundanos, así también, en el negocio y asunto que he propuesto, aunque todo se dirige al socorro y alivio de las necesidades de los pueblos miserables, como lo juzgará y sentenciará cualquiera que no sea un censor inicuo, sin embargo, no faltará, áun á vista de tan grande humanidad, quien ó calumnie algo, ó á lo menos no lo lleve á bien; algunos, no parándose en otra cosa que en que oyen que se quitan los pobres, piensan que se les destierra, expelle y desecha, y claman que es un hecho inhumano arrojar de esta suerte á los desdichados, como si nosotros los expeliéramos ó trabajáramos porque fueran más miserables; no es ésta nuestra intención, sino que salgán de la miseria, del llanto y de aquella su perpétua calamidad, á fin de que sean reputados como hombres y se hagan dignos de las limosnas.

Otros hay que quieren parecer teólogos, y por lo mismo nos citan algo del Evangelio, no pareciéndoles importante á qué fin ó propósito se dijo, es á saber: que Cristo, Señor y Dios nuestro, profetizó: «Siempre tendréis pobres con vosotros.» Pero ¿qué se saca de aquí? ¿no predijo también que había de haber escándalos, y san Pablo que habían de levantarse herejías? No socorramos, pues, á los pobres, ni evitemos los escándalos, ni resistamos á las herejías, para que no parezca que Cristo y san Pablo mintieron. Oh Dios! oigamos mejores cosas: no pronosticó Cristo que había de haber siempre pobres entre nosotros, porque deseára esto, ni que habían de sobrevenir escándalos, porque le agradaban, pues por el contrario, nada nos encomendó más encarecidamente que el auxilio de los pobres, abominando también del que fuere causa del escándalo; sino porque, conociendo nuestra debilidad y poco poder, por lo que caemos en pobreza, y nuestra malicia en no levantar prontamente al que ha caído en ella, dejándole postrado y apurado de fuerzas hasta el extremo, por eso nos anuncia que hemos de tener siempre pobres; lo mismo es de los escándalos.

Por lo que toca á las herejías, tuvo la misma causa san Pablo para profetizarlas, pues sabía bien que habían de nacer de la naturaleza de los hombres, corrompida y manchada con muchos vicios; pero, sin embargo, quiso que se saliese al encuentro y nos opuséramos á ellas cuando se levantasen, como lo dice á Tito: «Sea poderoso el obispo en la doctrina sana, para reprender, disputar y convencer á los que la contradicen.» Luego con estas predicciones no nos manda Cristo que obremos así, sino solamente ve que así obrarémos.

Del mismo modo, estos nuestros consejos no quitan á los pobres, sino que los alivian; no impiden del todo que alguno sea pobre, sino que no lo sea por mucho tiempo, alargándole al punto la mano para que se levante; ojalá que pudiésemos lograr enteramente que no hubiera pobre alguno en esta ciudad: no había que temer el peligro de que se pensase que Cristo había mentido ó se había engañado, pues siempre habría pobres con abundancia en otras partes; fuera de que, no solamente son pobres los que carecen de dinero, sino cualesquiera que están privados de fuerzas en el cuer-

po, ó de la sanidad, ingenio y juicio, como explicamos al principio de la obra; á lo que se añade que no con ménos razon debe llamarse pobre, áun de dinero, el que recibe, ó en el hospital y hospicio, ó en su pobre choza, un corto sustento no adquirido con su trabajo ó industria, sino enteramente por beneficio ajeno.

Esto supuesto, vamos ahora á cuentas: ¿quiénes obran más inhumanamente, los que quieren que los pobres se pudran entre inmundicias, ascos, vicios, maldades, desvergüenza, lascivia, ignorancia, locuras, calamidad y todo género de miseria, ó los que escogen medios y caminos de sacarles de tan infeliz estado, trayéndoles á una vida más civil, más pura y más sábia, con tan gran ganancia de tantos hombres inútiles y perdidos? En suma, nos portamos nosotros como el arte de la medicina, que no quita de todo el género humano las enfermedades, sino las sana en cuanto puede; ojalá que la ley de Cristo reinase en nuestras almas y en nuestros corazones, que más eficaz sería que los conocimientos de la medicina; ella haría que no hubiese pobres entre nosotros, como no los hubo en el principio de la Iglesia, segun refiere san Lucas en los *Hechos de los apóstoles*, ni habria escándalos ni herejías; pero, porque nuestras maldades prevalecerán más grave y pesadamente, y no profesarán los hombres el nombre cristiano tanto con el corazón y las acciones de la vida, cuanto con sola la boca, nunca faltarán herejías, escándalos y pobres.

Habrà acaso algunos, como los suele haber en los consejos públicos, que para ser tenidos por más sabios, y conciliarse por esta forma una grande autoridad, nada aprueban sino lo que ellos discurren; por cierto que éstos sienten mal, no sólo de los hombres, sino de Dios mismo, creyendo, ó queriendo que otros crean, que aquel Señor, escaso y áun exhausto en las otras producciones suyas, derramó en ellos todas las fuerzas del ingenio, juicio y prudencia. Burlándose Job de semejantes hombres, les dice: «¿Con qué, vosotros sólo sois hombres, y con vosotros morirá la sabiduría?» No negaré que hay algunos tan aventajados de ingenio, destreza y de cierta valentía, viveza y agudeza de juicio, que pensando y meditando, inventan lo que casi ningún otro puede; pero pensar por eso que es siempre lo mejor lo que ha salido de tí, es propio de un hombre arrogante con demasia, y áun, como Terencio dice, «imperito y necio, que nada tiene por bien hecho, sino lo que él hace.»

Sobre todo, á dos géneros de hombres pienso que hemos de tener muy contrarios: el uno es de los mismos á quienes ha de llegar de lleno todo el fruto de esta benignidad; y el otro, el de los que son excluidos de la administracion del dinero; porque hay algunos que acostumbrados á las inmundicias y á su infeliz miseria, llevan muy á mal ser sacados de ella, atraídos de cierta falsa dulzura de su ociosa desidia; teniendo por más penoso que la muerte, obrar, trabajar y ser industriosos y templados. ¡Oh dura condicion, la de hacer bien respecto de estos hombres, cuyas maldades miran como injuria el beneficio! ¿Qué cosa más odiosa que recibir soberbio y airado el beneficio, como si te agraviase, y conceptuarlo por ofensa y daño? Es muy

semejante este vicio al de los judíos, que persiguieron de muerte al Autor de la vida porque beneficiaba, ayudaba, y traía consigo la sanidad, la salvacion y la luz, y le colmaron de ignominia por su generosísima beneficencia para todos los que quisieran usar de ella; pero así como aquellos, sumergidos en la soberbia, arrogancia, ambicion y avaricia, juzgaban por afrenta ser libertados de estos tan crueles señores, así éstos, cubiertos de suciedades, hediondez, falta de pudor, desidia y vicios, piensan que son conducidos á dura esclavitud si se les eleva á mejor condicion y estado.

Pero qué importa? Imitarémolos á Cristo, que no se apartó de hacer bien por la ingratitud de los que recibían los favores y alivios; no se debe atender á lo que quiera recibir cada uno, sino á lo que deba; no qué es lo que le agrada, sino qué es lo que le convenga; conocerán el beneficio cuando se pongan cuerdos; dirán entonces: «El senado de Brujas nos salvó áun contra nuestra voluntad.» Y si condescendeis con ellos y dais gusto á sus deseos, si llegaren en algun tiempo, aunque no sea sino por un instante, á abrir los ojos y tener juicio, dirán sin duda: «El Senado nos mató por amarnos como no debía»; que es la queja que un hijo criado con demasiada indulgencia suele proferir contra su padre; y aborrecerán á los que les ayudaron para su daño y perdicion. No sea así; hagamos lo que los médicos prudentes con los enfermos enfurecidos, y lo que los padres sabios con los malos hijos, que es coadyuvar al bien y provecho de los mismos que lo repugnan y resisten; finalmente, el oficio y obligacion del gobernador de la república es no hacer caso de lo que sienta uno ú otro, ó algunos pocos, de las leyes y del Gobierno, como se haya consultado y mirado en comun por el cuerpo de toda la ciudad; porque las leyes son útiles áun respecto de los malos, ó para que se corrijan, ó para que no permanezcan mucho tiempo en hacer mal.

Los que manejaban los caudales de los pobres llevarán á mal que se les prive de este empleo; las palabras grandes y ruidosas que se buscan para exagerar la atrocidad suelen ser éstas y otras semejantes: «Que no se han de tocar las cosas que se hallan confirmadas con la aprobacion de tantos años; que es peligroso innovar las costumbres; que no se han de mudar los estatutos de los fundadores; pues de lo contrario, al punto se arruinará todo.» A esto opondrémolos nosotros, lo primero, que por qué las buenas costumbres no han de poder deshacer lo que hicieron las malas? Yo aseguro que no se atreverán á entrar en la disputa de cuál es mejor, ó lo que nosotros intentamos introducir, ó lo que ellos pretenden mantener; y si nada se ha de mudar, ¿por qué ellos han ido mudando poco á poco las primeras costumbres que dejaron los fundadores, de tal modo, que se ve claramente que éstas son contrarias á aquellas?

Regístrense las actas, recórrase á la memoria de los ancianos, y se hallará cuánto dista este modo de administrar del que se observaba luego que se acabó la fundacion, cuando áun vivía el fundador, ó poco ántes de haber muerto; nosotros vamos, y queremos que ellos vayan, por un medio justo; no queremos que se muda

la primera institucion, no intentamos ni permitimos que se anule y haga de ningun efecto la voluntad del fundador, que en todo testamento es lo principal, ó por mejor decir, lo único que debe atenderse: de la primera institucion consta por las actas y por la memoria de muchos; pero en cuanto á la voluntad, ¿quién no ve que aquellos varones dejaban los dineros y rentas anuales, no para que se saciasen los ricos, sino para que se sustentasen los pobres, con la obligacion de rogar á Dios por la alma del difunto, á fin de que, libre y purificada de los pecados y sus penas, la reciba su Majestad en las moradas celestiales? Y si ellos insisten mucho en lo contrario, no harán otra cosa que el que todos conozcan que defienden su negocio y utilidad, no el de los pobres; porque, habiendo nosotros tomado á nuestro cargo el cuidado de los pobres, ellos se oponen y lo contradicen.

Qué miran, pues, por fin? Si á sí mismos, quedan convencidos de avaricia, y declaran abiertamente que administraron aquello para sí, y no para los pobres; quedan convencidos de una avaricia ó codicia, que, no sólo es fea, sino pernicioso y digna de ser abominada, porque siendo, como es, delito quitarle algo á un rico, ¿cuánta maldad será quitarlo á un pobre, respecto de que con el hurto se le quita al rico el dinero solamente, pero al pobre se le quita la vida? Mas si con esa oposicion y contradiccion miran á los pobres, y el magistrado quiere socorrerles más prolija y eficazmente, ¿qué les importa á ellos por medio de quiénes se haga, con tal que se haga, y muy rectamente, como se debe confiar de un senado fiel á toda prueba y de una exactitud muy experimentada en todo tiempo? «Sea predicado y alabado Cristo, dice san Pablo; en orden al modo nada me importa, con tal que sea predicado y alabado.» Pero quisieran ellos tener por sí mismos el cuidado de los pobres; si en esto miran á Dios, con la voluntad sólo satisfacen, y si á los hombres, está conocida su ambicion; ¿acaso se atreverán tambien á quejarse de que vosotros mismos no os haceis ministros é instrumentos de su ambicion ó de su avaricia, ó de que no la favoreceis, á lo ménos con vuestro disimulo y condescendencia?

Paso en silencio lo demás que se podia decir en este lugar, si alguno les tomase cuentas de lo que han administrado tantos años; pero no removamos esta laguna ó camarina, ni revolvamos este cieno; atiendan ellos á que no les será de poca honra el no haber resistido, el no haber retenido tenazmente el dinero que se les confió y depositó en su poder, el haber favorecido la causa de los miserables, el haber unido sus miras á las de la república, y el ser tan amigos del bien público, que lo miran como bien particular suyo.

Que nada debe detenernos para hacer lo que dejamos dicho.

En todo género de virtud se hallan muchas cosas grandemente dichas, y ejecutadas con gravedad y dignidad por los mismos gentiles; pero nada tan constante, tan fuertemente, tan digno de ser imitado, como cuando tenían tan fija y pegada en sus entrañas la piedad para con la patria, y el amor y caridad para con

sus ciudadanos, que recibían y sufrían con inalterable igualdad de ánimo las murmuraciones, interpretaciones inicuas, detracciones y dichos y hechos afrentosos de los suyos, sin que por eso se apartasen ni un pelo, como suele decirse, de la determinacion que habían tomado de ayudar á su patria, siendo así que se veían reprendidos y condenados por los mismos á quienes ayudaban en grande manera; en este número son los principales Milciades, Temístocles y Scipion, pero áun más principalmente dos: Epaminondas, de Tébas, y Quinto Fabio Máximo, de Roma; viendo éste que Aníbal no podia ser vencido con la fuerza, sino con la espera, con el tiempo, y digámoslo así, con la tardanza, le hacia la guerra sin presentarle ni admitirle batalla; en una palabra, tardando, porque entendía que sólo esto conducía para la victoria; este modo de portarse lo acriminaron muchos hombres ociosos ó maliciosamente inquietos, como que tenía pacto y estaba ocultamente de acuerdo con Aníbal, ó que lo hacia por ambicion, para gozar por más tiempo del imperio de las tropas ó del supremo magistrado de dictador, ó que se conducía así por desidia y miedo; hiriéndole en lo más vivo del honor, por tratarle de excesivamente ambicioso, de traidor y de cobarde; que todo es prueba bien dura para que la pueda sufrir sin conmoverse un hombre prudente, fiel y general del ejército.

Llegó esta persecucion hasta tal grado, que tentaron deponerle del mando, y efectivamente, á este gran dictador fué igualado, por disposicion del pueblo, un Minucio, comandante de la caballería; novedad que nunca jamás se habia visto ni oído; pero el invicto anciano, inmutable á la calumnia y necedad de los suyos, perseveró constante en lo comenzado, y logró salvar á su pueblo de Roma, que indubitablemente hubiera caído en las manos sangrientas de Aníbal, á no estorbarlo la sagacidad y estratagemas de Quinto Fabio Máximo. El éxito declaró qué ánimo, qué prudencia, qué amor á la patria y á los ciudadanos tenía aquel gran varon; de suerte que por confesion de todos fueron celebradísimos aquellos versos (1) que se hicieron de él, antiguos á la verdad y poco limados, pero de un elogio el más magnífico y excelente:

Adquirió uno, tardando, gran victoria,
Despreciando el rumor por dar la vida
A la patria, ya expuesta á ser vencida;
Pues digno es tal varon de inmortal gloria.

Lo propio hicieron tambien otros de los mismos sentimientos que éste, y eso sin respeto alguno á Dios, porque eran gentiles, y no les habia nacido el sol del cristianismo; sólo seguían su educacion, su fama ó el honor y bien de su ciudad; pues ¿cuánto más grandes y más excelentes cosas debemos emprender mirando sólo á Cristo, sin pararnos en las fuerzas humanas, y áun desestimadas y menospreciadas éstas, nosotros, á quienes ha iluminado ya aquel clarísimo sol, que hemos sido enseñados con su santa doctrina, á quienes recomendó y mandó la caridad, amenazándonos con tan gran

(1) *Unus homo nobis cunctando restituit rem,
Non ponebat enim rumores ante salutem:
Ergo magisque magisque viri nunc gloria claret.*

(ENNIO, *Annal.*, lib. VIII, v. 4.)

castigo si la omitiéremos, y prometiéndonos tan grande premio si la practicáremos, añadiéndose el atractivo de que será mayor la recompensa, cuanto mayores molestias sufrirémos por amor de Dios y para su honra y gloria? Luego, no sólo es digno de aprobarse nuestro discurso, si también de abrazarse y ejecutarse, porque no basta desear bien, si no se ponen manos á la obra cuando se ofrece la ocasion; no es decente ni lícito el que se detengan por impedimentos humanos los que se ven estimulados por los preceptos divinos, especialmente siguiéndose de ello, pública y privadamente, utilidades humanas y divinas.

Las comodidades, provechos y bienes humanos y divinos que se siguen de estos establecimientos.

Lo primero, un grande y verdadero honor de la ciudad, no viéndose en ella mendigo alguno; porque esta frecuencia y multitud de mendigos arguye en los particulares malicia é inhumanidad, y en los magistrados descuido del bien público; lo segundo, se contarán ménos hurtos, maldades, latrocinios y delitos capitales, y serán más raros los lenocinios ó alcahueterías contra la castidad, y los maleficios ó hechicerías, porque se mitigará y disminuirá la necesidad, que es la que principalmente mueve, solicita, impele y arrastra á los vicios y torpes costumbres, y con más especialidad á las que van expresadas.

Lo tercero, estando todos provistos, habrá mayor quietud en el público, se verá una gran concordia en todos, no envidiando al más rico el que es más pobre, que ántes le amará como á su bienhechor; ni el más rico mirará como sospechoso al que es más pobre, ántes le amará, como que es la morada y centro de su beneficio y debido favor, porque la naturaleza misma nos inclina á amar á los que favorecemos, y de este modo una gracia es origen de otra.

Lo cuarto, será más seguro, saludable y gustoso el asistir á los templos, y por consiguiente, andar por toda la ciudad, sin tener que ver á cada paso aquella fealdad de llagas y enfermedades de que se horroriza la naturaleza, y especialmente el ánimo humano y misericordioso.

Lo quinto, los ménos acomodados no se verán compelidos y forzados á dar sólo por la importunidad, y si alguno quisiere dar algo, ni se retraerá por la multitud de los mendigos, ni por el recelo ó miedo de dar á un indigno.

Lo sexto, tendrá la ciudad un incomparable logro é imponderable ganancia con tantos ciudadanos como verá hechos más modestos, más civiles y bien criados, más sociales y que la amarán más, como que en ella y por ella se sustentan, y no pensarán en novedades, sediciones ó tumultos; con tantas mujeres apartadas de la lascivia, tantas doncellas libres del peligro, y tantas viejas separadas del maléficio; con tantos niños y niñas instruidos en las letras, en la doctrina cristiana y religion, en la moderacion y templanza, y en las artes y oficios, con que se pasa la vida bien, honestamente y con piedad; finalmente, todos recibirán cordura, buen sentido y vivirán piadosa y santamente; conversarán entre los hombres con buena crianza, cortés y civil-

mente, como lo pide la humanidad; tendrán y conservarán á sus manos puras de maldades; se acordarán de Dios con verdad y buena fe; serán hombres, y lo que es más, serán lo que se llaman, esto es, cristianos; porque esto, y no otra cosa, es haber hecho que vuelvan en sí muchos millares de hombres y haberlos ganado para Cristo.

Vengamos ya á los provechos y bienes divinos, que son: que los ánimos de muchos cumplirán con su obligacion, gozando de quietud en la conciencia; lo que ahora no logran, porque viendo que deben dar limosna, no hacen lo que deben, ó retraídos por la indignidad de los que piden, ó por la muchedumbre, impedida su voluntad, y como dividida en diversos pareceres, sin saber determinarse á quién socorrerán primero; ó más principalmente, al ver á tantos estrechados de la necesidad, y desanimados con cierto género de desesperacion, á nadie socorren, conociendo que lo que dieren ha de aprovechar tan poca, como si en el caso de un grande y voraz incendio echasen sólo una ú otra pequeña gota de agua; los que tengan más facultades y bienes darán con más gusto, y por consiguiente, más copiosamente, regocijados de que hallándose ya dispuestas las cosas tan bien y santamente, pondrán y colocarán su beneficio en tan buen lugar, que á un mismo tiempo ayudarán á los hombres y obedecerán los mandamientos de Cristo, y que por lo mismo se adquirirán un grande mérito y recomendacion para con su Majestad.

También es de esperar que de otras ciudades en que no se cuida de este ó semejante modo de los pobres, enviarán muchos ricos sus dineros á ésta, en donde sabrán que se distribuyen las limosnas con perfeccion, socorriendo con ellas á los más necesitados; añádese á esto, que el Señor defenderá con particularidad y hará verdaderamente feliz y bienaventurado á un pueblo tan misericordioso; oid por testimonio, no de un hombre cualquiera, sino de un profeta, cuál es el pueblo que con verdad pueda decirse bienaventurado: «Librame, dice á Dios, de la mano de los hijos y hombres malos, cuya boca habló siempre vanidad, y cuya diestra es diestra de maldades; sus hijos se tienen por felices cuando florecen como las plantas nuevas; sus hijas se adornan y componen ricamente, como imágenes de templo; sus graneros están tan llenos, que se salen, y es preciso trasladar frutos de unos en otros; sus ovejas son tan fecundas, que se advierten innumerables en su salida á pacer; sus vacas están gordas; no hay ruina alguna en sus casas, cercas ni establos, ni se oye el menor tumulto ni clamor triste en sus plazas y calles; llaman bienaventurado al pueblo que tiene todo esto, pero yerran: el pueblo bienaventurado es el que tiene al Omnipotente por su Dios, y le reconoce y sirve como á su Señor.»

Tampoco faltarán los bienes temporales con estos establecimientos para los pobres, y con este reconocimiento á Cristo, que los mira como á sus miembros: así nos lo asegura el ejemplo de aquella viuda que dió de comer á Elías; el mismo salmista canta así de la ciudad en donde habita Dios: «Llenaré de bendiciones y abundancia á cualquiera de sus pobres viudas, y saciaré de pan á sus necesitados.» Y en otro lugar dice á la misma

ciudad: «Extendió el Señor la paz por todos tus confines, y te sacia con la sustancia del trigo y con el regalado pan de flor de la harina más pura y exquisita»; pero aún excede á todo esto aquel feliz aumento del amor recíproco de unos para otros, que se verificará comunicándonos mutuamente los beneficios con candor

y sencillez, y sin sospecha alguna de indignidad; y últimamente, y sobre todo, se nos seguirá el incomparable premio celestial de la eterna bienaventuranza, que hemos mostrado estar prevenido para las limosnas que nacen de la caridad, ó del amor de Dios, y del prójimo por Dios.